

Cuando tan seguros van,
Como que es Dios quien los guia,
Por la alta esfera en que están.

En ensueño vaporoso
Otras veces embebido,
Figurábase dormido
En un prado delicioso
Sobre el herbaje mullido.

Que eran guirnaldas de rosa
Sus cilicios, su sayal
Glorioso manto real,
Y su ancianidad rugosa
La juventud más cabal:

Porque miraba á su alma
Sin la corteza exterior,
Cercada de resplandor,
Coronada con la palma
De la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba
En balsámicos vapores
De las más fragantes flores
Que el manso viento halagaba
Robándoles sus olores.

Y que al través, tras de aquellos,
Notaba de cuando en cuando
Cruzar fúlgidos destellos:
Y eran los ángeles bellos
En torno de él revolando.

Y luego abrirse veía
El cielo, gran resplandor
Derramando en derredor,
Y que en medio de él venía
La imágen del casto amor.

La de su esposa adorada
De pié sobre niebla leve,
De albas rosas coronada,
Y de túnica velada
Muy más blanca que la nieve.

Y en el pecho, do la herida
Le hizo la daga homicida,
Mostraba un claro rubí
Como estrella carmesí,
Con luces de eterna vida.

Y Garceran venturoso
La dulce vision miraba,
Que hasta junto de él llegaba
Con rostro tan amoroso,
Que el corazon le robaba.

Y una plática emprendían
Tan tierna, sabrosa y pura,
De tanto amor y dulzura,
Y de cosas discurrían
De tan sublime ventura;

Y con tan santos extremos
Y con expresiones tales,
Que apenas las comprendemos,

Y que explicar no podemos
Los infelices mortales.

Cuando la vision aquella
Celestial desaparecia,
El penitente creia
Que al retirarse la bella
Doña Blanca, le decia:

«Ven, Garceran. ¿Por qué tarda
En venir á mí tu amor?...
Sube á otra vida mejor.
¿Qué te arredra y te acobarda?...
Ven, que te espera el Señor.»

Así en gratas ilusiones
Dichosas horas pasaba,
Y su viaje preparaba.
A las eternas mansiones,
A donde Dios lo llamaba.

Vino tras de hermoso dia
Una tarde deliciosa,
En que de morado y rosa
La atmósfera se vistió.

Y á la tumba cual solía,
Ya de aliento y vida escaso,
Con lento y con débil paso
Nuño Garceran llegó.

Cual nunca las florecillas
Y aquella abundante yerba,
Que el breve espacio conserva,
Lozanas juzgó encontrar.

Y sobre ellas de rodillas
En dulce y celeste calma,
No con la voz, con el alma
Comenzó devoto á orar.

El sol desde el Occidente
Entre nubes, de soslayo
Moribundo metió un rayo
Hasta aquel sitio de paz:

Como si del penitente
Despedirse pretendiera,
Y el último beso diera
A su venerable faz.

A su luz roja, espirante,
Ve don Nuño un tallo hermoso
Del suelo brotar frondoso
Y alzarse con rapidez;

Pues en brevisimo instante
Se desarrolla, florece,
Y una azucena aparece
De celeste candidez.

La admira cual milagrosa,
Y á un impulso soberano
Lleva la trémula mano,
Y la arraíca de raíz.

Y con ella venturosa,
Dejando en el mismo punto
En tierra el cuerpo difunto,
Voló á Dios su alma feliz.
Y aquella pura azucena
Fué la vencedora palma,
Con que engrandecida el alma
De Nuño en el cielo entró.
Y de nuevas gracias llena
Aquella flor, desde el cielo,

A la tierra en raudo vuelo
Un ángel restituyó.
Pues la hallaron colocada
A la mañana siguiente,
Lozana, resplandeciente,
Consuelo de todo afán,
Ante la imágen sagrada
De la Virgen sin mancilla,
En la rústica capilla
Que descubrió Garceran.

FINAL

En el instante en que de Nuño el alma
Voló al palacio de la eterna gloria,
La azucena sirviéndole de palma
De su glorioso triunfo y su victoria:
De la virtud con la tranquila calma,
Olvidando esta vida transitoria,
En su celda, de hinojos don García
Oraba humilde al espirar el dia.

Y de celeste espíritu el acento
El tránsito del bienaventurado
Le reveló, mandándole al momento
Marchar al sitio aquel donde ha espirado:
Y en él fundar magnífico convento
A la Madre del Verbo consagrado,
Y á aquella imágen de virtudes llena,
Bajo la advocacion de la *Azucena*.

Pasó la noche en oracion ferviente
El religioso. Al despuntar el dia
Dejó á Guadalquivir y diligente
Atravesó la hermosa Andalucía;
Y pobre, peregrino, penitente,
Del reino de Leon siguió la via,
Saludando sus sierras empinadas
Después de penosísimas jornadas.

Y en el valle, otra vez rico y frondoso,
Y ya no despoblado, con gran celo,
Protegido del brazo poderoso
Del soberano Dios de tierra y cielo,
A cumplir su mandato, sin reposo
Constante dedicó todo su anhelo,
Edificando á aquella imágen bella
Una rica morada digna de ella.

El fervor excitando de los fieles,
Y de otros religiosos ayudado,
Pronto logró elevar los chapiteles
De un gran templo á la Virgen consagrado;

En cuyas cimbras mágicos pinceles,
Y en cuyos frisos mármol cincelado,
De Garceran la penitencia y gloria
Consignaron, trazándonos su historia.
En magnífico altar de jaspes y oro,
En que de cien blandones la luz brilla,
Fué colocada con real decoro
La efigie de la Virgen sin mancilla:
Sus himnos entonando el alto coro
Al compás de la armónica capilla,
Siempre verde á sus piés, de encantos llena,
Perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron
El sueño de la paz ambos esposos,
Y los votos de plata enriquecieron
Del camarín los muros primorosos,
Y con grandes ofrendas acudieron
Al culto los magnates poderosos;
Siendo de tan insigne santuario
Todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García,
En opinion de santo: otros varones
Después, de ardiente celo y de fe pia,
De la casa aumentaron los blasones.
Y su nombre y su fama se extendía
Por todas las católicas regiones,
Conservándose siempre allí lozana
Y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio
Poner la Francia audaz toda la tierra,
Y trastornando el español imperio
Metió en sus lindes destructora guerra;
Despareció aquel santo monasterio,
Con gran dolor de la leonesa sierra,
De hoguera voracísima en la llama,
Que no nos dejó de él más que la fama.

Y cuentan los piadosos naturales,
Que cuando un mar de fuego era el convento,
En que los chapiteles colosales
Se desplomaban con fragor violento;

Vieron á las mansiones celestiales,
Volar, atravesando el firmamento,
De resplandor cercada y luz hermosa,
Triunfante LA AZUCENA MILAGROSA.

Nápoles, diciembre 1847.

NOTA DE LOS EDITORES

El duque de Rivas inventó, compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1851, que la publicó en Madrid don Angel Fernandez de los Rios en su *Biblioteca universal* con otras poesías del autor, tituladas: *El Crepúsculo de la tarde*. A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias, un romance ramplon, muy largo y desmayado, titulado: *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asunto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnudos de toda gala y de toda poesía, pero adornados, sí, con unas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el señor Fernandez de los Rios su publicacion.

Aunque el plagio era despreciable, lo denunció el editor de la *Biblioteca universal* al Juez de primera instancia del distrito de Lavapiés, señor Sanchez Ocaña; y despues de las actuaciones convenientes por la escribanía de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena*, y fueron condenados los autores de *La Guirnalda*.

Como andando el tiempo puede aparecer algun ejemplar de esta, y creerse anterior á la otra, y sospechase que de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aquí esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creacion completa de nuestro autor, y no tomada de crónica, novela ni tradicion alguna española ó extranjera.



LEYENDA SEGUNDA

MALDONADO ⁽¹⁾

A la Excm. Sra. Marquesa de Molins

I

LA BORRASCA Y EL VOTO

Prestat componere flectus.
VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirigense triunfantes las galeras,
Que de Aragon la gloria y poderío
De asegurar acaban en Becerta.

Donde tornando el mar lago de sangre,
Y las líbicas playas en hogueras
En las playas y el mar desbarataron
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.

Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el Púnico y Tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.

Y tornan á la patria. Ya descubren
Del altivo Monjuich la frente excelsa,
Y lo saludan con fervientes gritos
De flámulos ornando las antenas.

Cuando de pronto el favorable viento,
Que empujaba benéfico las velas,
Dejando en ocio las cautivas chusmas,
Y en reposo las rojas palamentas,
Su favor les retira. Desmayando
Ni el ancho seno de las lonas llena,
Ni silba entre los mástiles robustos,
Ni aun con el fácil gallardete ondea.

El mar dormido en repentina calma
Laguna ó claro espejo se dijera,
Y como en la llanura están los pinos
Inmóviles en él las naves quedan.

Lento el sol á Occidente descendía,
Su faz velando en vaporosas nieblas,
Que el remoto horizonte confundiendo,
Borró á la vista las cercanas tierras.

Despues entre enlutados nubarrones,
Que desde el sur á sepultarlo vuelan,
Como cadáver que húndese en la tumba,
Se hundió, dejando claridad siniestra.

(1) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su íntimo amigo el señor don Juan José Bueno, abogado sevillano, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un antiguo y raro nobiliario de Aragon.